

## **NI EN MADRID NI EN BARCELONA**

MAS de una vez se nos ha preguntado en encuesta pública sobre si el escritor puede alcanzar y sostener una vigencia, a nivel nacional y universal, viviendo en provincias. Yo creo que sí. Le conviene, esto desde luego, tener abierto un camino hacia el cogollo de los editores y de los ateneos capitalinos, el resonador de los periódicos. Pero en cuanto a la tarea de creación propiamente dicha, el lugar no importa demasiado. Y como toda teoría se adorna mucho con algunos ejemplos, doy los ejemplos. No sé si por objetivamente relevantes, o por afición personal, o acaso por simple pereza mental, escojo sin variación el caso de Delibes en Valladolid, Alfonso Canales en Málaga, y en León Victoriano Crémer. Estoy seguro de que lo mismo hubiera podido marcharme a Zaragoza o Pontevedra. En Pontevedra, justamente, está «La Romana», donde Torrente Ballester fecha y firma unos cuadernos crecientes que cada semana pone en un sobre para Madrid, y en Madrid -lo que decíamos- hay un diario que se los publica con mucho honor.

Tocante a León, en tiempos cabeza de un reino, cabe resaltar su capitalidad literaria en los años de la última posguerra. Ya esta lección anda hasta en los más someros manuales, pero podríamos repasarla un poco desde el modesto conocimiento personal. Cincuenta o sesenta miles de habitantes hacían el censo de la ciudad -o sea sus cartillas de racionamiento-, en la que el lector amigo podrá imaginar un «tempo» despacioso medido por campanas plurales -góticas, románicas, platerescas-, el paseo ritual calle arriba y abajo en las noches frescas, ¡y tanto!, un casino, viejos cafés. Y lo imagina bien. Pero había, además, un pequeño reducto extraño. Una «célula», se me viene a los puntos de la pluma, aun a sabiendas de sus connotaciones... No es difícil establecer dentro del grupo el neto triunvirato de Antonio de Lama, un cura listo y anticipador, con un joven estudiante ávido, Eugenio de Nora, y un tipógrafo -avanzado y autodidacta, como es frecuente en los tipógrafos- llamado Victoriano Crémer Alonso. Allí y con ellos nació «Espadaña». Por aquel entonces, se venía alabando mucho a la rosa. Los nuevos poetas mesetarios dieron en hablar, también de la sangre. Y se repetía hombre y raíces, y rabia. Palabras así. De la revista se imprimían dos o tres centenares de ejemplares, nada más, y nunca hemos podido comprender este nuevo reparto de los panes y los peces, porque luego, en las manos del último poeta interesado, del crítico, del profesor en una institución remota, aparecía el pliego milagroso.

Crémer, para quien vivir y escribir es una ecuación perfecta, sigue viviendo y

escribiendo en León. Allí van a verle, a preguntarle, a pedirle sus originales. Le traen cartas de una universidad española o extranjera, se le acercan para una tesis sobre su obra. Algunas veces el viajero visitante es también poeta y deja forzosamente su testimonio, su visión personal como en la palabra de Gerardo Diego:

Victoriano Crémer -cabeza  
desbastada en piedra románica-  
nos mira cuando le miramos  
fijo desde el fondo del alma.

Ciertamente, mira, escucha, atiende. Vive la ciudad provinciana y deja que la ciudad lo viva y lo respire a él, «un hombre que hace lo que los otros... y además versos». Es su propia y preferida definición, tan desmitificadora por una parte como enaltecedora de la condición humana del poeta: Un ciudadano corriente de una ciudad donde los convecinos saben que él viene en el Espasa, en los libros de texto de los chicos, y sin embargo tan próximo...

El último, reciente libro de poemas de Crémer, «Lejos de esta lluvia tan amarga», se abre bajo el laurel del Premio de poesía castellana otorgado por la ciudad donde se publica «La Vanguardia». Me ha parecido buena ocasión para hacer ahora y aquí estas reflexiones.

Sólo me faltaba el título, y se lo tomo a Martínez Mena, que de vez en cuando reseña -«Ni en Madrid ni en Barcelona»- acontecimientos centrífugos, nada desdeñables, de nuestra literatura.

**Antonio PEREIRA**